

logías que traducen la forma en que una sociedad, en un momento dado de su historia, se representa el universo, y también la manera en que se concibe a sí misma”.

Georges Davy ha mostrado que los dos temas principales del pensamiento de Durkheim son el tema de la ciencia y el tema de lo social, que opuestos en algunos respectos, no son incompatibles, sino complementarios. La complementación puede verse, al través de los comentarios de André Lalande acerca de una “falsa exigencia de la razón” (la obligación de demostrarlo todo, de probarlo todo, incluso los primeros principios) incluso en materia normativa. Exigencia indebida porque “en toda teoría del conocimiento se encuentran necesariamente uno o varios principios que no son susceptibles de prueba” y sólo la “vivencia” (*expérience vécue*) puede proporcionarnos esos principios o “fundamentos” de cualquier axiología. Y, en Durkheim, “es precisamente el recurso a lo social la solución de esta dificultad”. De este modo, se trata de hacer que los valores humanos estén enraizados en la existencia misma que, por lo menos a sus ojos es, en el nivel de los valores ideales, una existencia social”.

Para Durkheim, toda moral implica un principio, que cuando menos no ha sido tomado de la ciencia: la noción de que la vida vale la pena de ser vivida; de ahí su simpatía por una postura que ligaba estrechamente la verdad con lo móvil y cambiante de la vida; pero también su oposición a que la vida arrastre tras de sí la verdad como implorante jamás acogida. Vivencia, pero vivencia del hombre en sociedad. De ahí que *la ciencia de las costumbres* no sea sino *la racionalización de la experiencia colectiva espontánea de la conciencia humana, y la teoría del conocimiento, una racionalización de las representaciones y creencias colectivas de la Humanidad.*

No es, por tanto, una negación de la

idealidad y de los valores lo que se combate. Lo que se combate es la postulación de un ideal y unos valores que por estar colocados en un empíreo no tienen conexión posible con lo real y, por ello, en el fondo, ninguna posibilidad de realización. Los valores surgen, se descubren, se precisan en la historia, gracias a la vida de los hombres en sociedad... es tarea de la reflexión sobre la historia, de los estudios sociológicos y de filosofía de la historia descubrir hacia qué punto señala la trayectoria de dichos valores a fin de rectificarla o afirmarla.

“Pensar como hombres de acción y actuar como hombres de pensamiento”, según resumía en una frase y en un pensamiento Pablo González Casanova, es la tarea que habrán de cumplir en México los Estudiantes de Ciencias Políticas y Sociales; es un dictado que, de este modo, se nos revela como inscrito en lo mejor de la tradición durkheimiana.

Haber puesto a disposición de muchos (con su edición de *Pragmatisme et Sociologie* y con este ensayo suyo sobre Sociología y Teoría del Conocimiento) las ideas del Maestro indiscutible de la Sociología, Emile Durkheim, es algo de lo que debe registrarse entre nuestras deudas impagables para con Armand Cuvillier.

GONZALEZ A. ALPUCHE,
Juan: *La Universidad de México. Su Trayectoria Sociocultural.* Asociación Mexicana de Sociología correspondiente de la Asociación Internacional de Sociología de la UNESCO. 4. México. Prólogo por el Lic. Franco Carreño, Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Juan A. González Alpuche —como nos pone de relieve su prologuista— tiene como uno de sus empeños principales, al escribir este opúsculo, el de demostrar

que la Universidad de México ha sabido marchar al ritmo de la sociedad mexicana y ser fiel a los requerimientos que en cada época le ha ido imponiendo la mentalidad imperante. Ello no quiere decir que, en cuanto ha llegado ya a su madurez, en el futuro no haya de ser ella la que proporcione a la sociedad dirigentes idóneos y dirija efectivamente —desde la altura de nobleza y dignidad que le corresponden— la vida nacional.

“La Universidad de México” es una expresión amplia: cubre, por lo menos dos concreciones claramente distintas: la Real y Pontificia Universidad de México y la Universidad Nacional Autónoma de México. No obstante ser distintas, esas dos grandes instituciones se unen por una misma línea tradicional. Así lo reconoció la propia institución cuando, al celebrar el cuarto centenario de su fundación, unió en la simbólica del mismo, los escudos de la antigua y de la nueva universidad.

Se quiso, en algún momento, repudiar como ajena, la tradición de la Real y Pontificia Universidad, por cuanto hablaba de una antigua sujeción a los poderes temporales y sacerdotales que, en nuestro tiempo, resulta impensable. Y se cayó en el error del desequilibrado que acusaba a España por no haber establecido en estas tierras industrias en vez de templos, en pleno siglo xvi. Y, tan injustificable sería condenar a la Real y Pontificia Universidad, erigiendo en tribunal la mentalidad de nuestra época, como injustificable resultaría hacer pervivir en la Universidad Nacional Autónoma de México el espíritu de otros tiempos. Porque, en este sentido, un centro universitario debe estar tan cerca como sea posible de las necesidades sociales contemporáneas, adelantándose a ellas con prudencia, transformando en patentes las latentes, para encontrarles satisfacción más que para convertirlas en nuevos elementos de conflicto, pero sabiendo llevar a las soluciones que propugne, el hábito

de sus buenas tradiciones; de aquellas de las que no puede prescindir sin negarse a sí misma.

Una tradición saludable requiere de periódica adaptación a nuevas circunstancias. Una tradición proseguida por simple inercia se condena a sí misma. Es esto lo que explica el que D. Valentín Gómez Farías suprimiera en 1833 la Real y Pontificia Universidad de México por considerar que sus tendencias y programas no correspondían a las necesidades de la vida cultural y social de la República. La resolución debe entenderse bien: no se enjuiciaba toda la labor pasada de la Real y Pontificia Universidad; se consideraba que la misma podía haber servido en su tiempo a las necesidades de la época, pero que, carente de renovación, ya había dejado de servir a la sociedad correspondiente, en cuanto ésta definía en forma distinta sus necesidades y sus anhelos. De ahí que sean compatibles, el anhelo reivindicatorio del autor en cuanto al valor cultural de la Real y Pontificia Universidad, y el reconocimiento, por el prologuista, de que la espléndida floración de pensadores, propiciada por esa universidad “no quiere decir que las nuevas condiciones políticas, económicas y sociales del nuevo Estado Mexicano no requiera una reorganización en la enseñanza universitaria” (10). Como que “tradición”, en el mejor de los sentidos, no significa empeñarse en dar las mismas soluciones a problemas distintos, sino en estar con el espíritu despierto para encontrar soluciones distintas, adecuadas a los nuevos problemas, dentro de un mismo espíritu que, en el caso de la tradición universitaria, tiene que guiarse por las grandes estrellas de lo racional y de lo humano.

No es de extrañar, entonces, el que, como subraya Franco Carreño en el texto de González Alpuche, “nuestros principales reformadores en el siglo xix, salieron directamente de la Real y Pontificia Universidad o de los Colegios Pro-

vinciales, cuyos planes de estudio copiaban los de aquélla". Esto quiere decir que la tradición no se interrumpió con la supresión de la universidad; pero, asimismo, quiere decir que la tradición no se hubiera conservado sino hubiera desaparecido en las cenizas de su falta de renovación, si la universidad no hubiera sido suprimida. La tradición universitaria mexicana, en esos años de falta de Universidad, pervivió en la vida social misma, en estado de vida latente, gestando la siguiente concreción universitaria que no habría de aparecer *plenamente* sino muchos años más tarde.

En este sentido, la creación perfecta que fue en su tiempo la Real y Pontificia Universidad de México no se ve subseguida por ninguna otra concreción perfecta sino hasta el momento en que tras surgir la Universidad Nacional Autónoma de México, en nuestros días, toma conciencia de sí misma. El lapso intermedio, ¿no puede decirse que está cubierto, en buena parte, por liquidaciones y tanteos? La Universidad en el México Independiente, cuya historia nos traza tan diestramente el Lic. González Alpuche, pasa por varias etapas: la primera, (de 1821-1865), la coloca en la línea de choque de las corrientes (que no partidos aún, en sentido sociológico estricto) liberal y conservadora; la segunda (1867-1910), presencia los intentos de orientación positivista de la enseñanza universitaria; la tercera (1910-1929), la hace vivir en la etapa todavía convulsa de la Revolución. Y no será sino hasta el momento en que la Revolución se haya estabilizado y se hayan clarificado sus metas poniendo a la Universidad misma al servicio de sus ideales, cuando logrará concreción auténtica la nueva máxima institución educativa mexicana: la Universidad Nacional Autónoma de México.

La huelga de 29, originada en motivos de simple organización, adquirió envergadura y se convirtió en movimiento

autonomizante. Cuando el gobierno otorgó la autonomía, el 22 de julio de 1929, "en las consideraciones previas a la Ley, se señalaba la orientación de la misma, dentro del criterio predominante en la época; es decir, que aunque autónoma, seguía siendo una institución nacional, teniendo en cuenta sus finalidades de contribuir al progreso de México, y de buscar la conservación y desarrollo de nuestra cultura, y, por tanto, quedaría bajo la vigilancia del Estado" (76). No hay para qué decir que, en esas consideraciones, era necesario destacar como válido el que se considerase a la Universidad como institución *nacional*, orientada hacia la *conservación y desarrollo cultural* y hacia *el progreso social de México*, conforme a los dictados de un movimiento social del que habían surgido, por igual, el gobierno y la universidad. Y, como inválida, cabe señalar esa *vigilancia* por parte del Estado, que podría tener razón de ser entre entidades que se mirasen como antagónicas, pero que es injustificable en el caso de entidades que, siendo como son máximas o supremas en el campo de sus funciones respectivas (intelectuales, de investigación, de enseñanza de una, frente a las políticas de poder y mando de la otra), tienen que mantener entre sí relaciones armoniosas (pues toda convivencia descansa en la mutua confianza, en la imposibilidad de pensar que se atenta contra sí dentro del propio grupo) y relaciones dinámicas (de mutua fecundación) en beneficio de la sociedad y de los sociosociarios a los que ambas instituciones sirven, o a las que ambas debieran servir.

Existen, gracias a todo ello, los elementos indispensables para que llegue a concretar, perfecta en su forma, la nueva máxima institución universitaria. Existen en todos los mexicanos los elementos volitivos para lograr una concretización de una auténtica Universidad Nacional Autónoma de México concebida con máxi-

ma ambición y generosidad. Y hay en la actual Universidad, una creciente toma de conciencia de su alcurnia y de su responsabilidad; una madurez en aumento. Pero, la Universidad no ha llegado a realizarse en esta hora como lo que puede y debe ser de acuerdo con la realidad y los imperativos nacionales.

Universidad *Nacional* ¿Cómo habría de ser y cómo podría ser la Universidad para serlo auténticamente? ¿Basta su interés por lo nacional, su respeto por nuestro legado cultural (manifiesto por ejemplo, recientemente, en la constitución de los Seminarios de Cultura Náhuatl y de Cultura Maya), su interés por descubrir aquellos proyectos de vida que mejorarán la convivencia en México y entre México y otros países (de Latinoamérica y del resto del mundo)? ¿Basta ese interés que podría concretarse cada vez más en un empeño por hacer objeto de estudio *exhaustivo y sistemático* lo nacional en sus múltiples manifestaciones, por parte de todos sus profesores, de todos sus alumnos, de todos sus investigadores empeñados así en una tarea no sólo común, sino reconocida como tal por ellos mismos y por el resto de la sociedad mexicana?

¿No sería indispensable que la Universidad fuese también nacional por una dispersión territorial, por una descentralización espiritual —el anhelo de mejoramiento convivencial nacional—, que favoreciera por igual a todos los rincones del país? La Ciudad Universitaria de México en el Pedregal, como reconocen propios y extraños, fue una concepción arquitectónica genial —y así lo apunta el autor, señalando cuánto debe ella a la visión arquitectónica de Lazo, a la universitaria de Garrido, a la política de Alemán—; es más, quizá haya sido indispensable reunir en un momento, físicamente, las diversas facultades, escuelas e institutos para que se lograra la toma de conciencia de la unidad que es la Universidad. Pero la Ciudad Universi-

taria no es una solución votada para lo eterno. Solución temporal, ha dejado de serlo. Ya en un Congreso Nacional de Sociología, el fallecido arquitecto Alonso Mariscal se levantaba en contra de las grandes edificaciones: grandes centros escolares, grandes hospitales, grandes universidades, de difícil mantenimiento y, por otra parte, rígidos frente a las necesidades crecientes de un país que, punto más o punto menos, está en plena expansión demográfica (y, en lo concreto, de una expansión aún más notable de la población anhelosa de prepararse universitaria y técnicamente). ¿Está la solución en hacer crecer simplemente las instalaciones? No, indudablemente. Y es aquí donde parece que hay que apelar —como tendrá que hacerse múltiples veces en México— a la imaginación sociológica creadora.

Dejemos que, puesto que el subtítulo del trabajo de González Alpuche habla de la trayectoria universitaria, veamos hacia dónde puede apuntar dicha trayectoria. Permitámonos trazar unas grandes líneas que pudieran servir para elaborar los grandes planos de una futura Universidad Nacional Autónoma de México, no utópica sino realizable en lo inmediato; más aún, que podría resolver algunos de los problemas que confrontan la “Universidad Nacional de México” de hoy, y las diversas universidades estatales, una con exceso de población, otras con poca población y menos recursos. ¿No será la Universidad Nacional que piden los nuevos tiempos, en el caso de México, una en la que las diferentes facultades, en vez de concentrarse en un solo punto del territorio, existan en diferentes sitios: una Universidad única, rica y bien dotada, capaz de brindar la mejor educación a todos los mexicanos, en vez de veinte pequeñas universidades dispersas, repitiendo en veinte sitios del territorio su imagen de pobreza e incapacidad docente? Pequeñas universidades dotadas de facultades, escuelas e institutos en miniatura, que serían sustituidas en el

mismo sitio en que hoy se encuentran y con instalaciones mejoradas (las instalaciones que impondrá construir, sea donde sea, la expansión de la actual U.N.A.M.) por excelentes Facultades de irradiación nacional. La Universidad de tal Estado convertida en la Facultad de Medicina de la Nación entera, y la Universidad de tal otro Estado en la Facultad de Arquitectura de la Nación, etc., haciendo una mejor distribución de recursos económicos y humanos; evitando que mientras en el centro de México cincuenta futuros médicos estudian bajo un profesor, en un apartado rincón del país, sean dos o tres los estudiantes que se benefician de la enseñanza de otro profesor, siendo así que una distribución más conveniente podría evitar por igual el recargo y la escasez, brindando una enseñanza óptima para todos, dentro de las condiciones reales de la nación.

Frente a esa distribución de facultades y escuelas a todo lo largo y ancho del territorio nacional (que curiosamente contribuiría a propiciar la integración nacional), la actual Universidad Nacional Autónoma de México, con sus instalaciones en el Pedregal, podría constituir un gran centro vitalizador, de bombeo —un verdadero corazón— para todas esas facultades nacionales. Sus instalaciones podrían llegar a convertirse, prácticamente en su totalidad, en centros de investigación (Fábrica de maquinaria pesada para la industria educativa de México), y, en la misma forma en que descentralizándose habría irradiado hacia todos los puntos del país, en un compensador movimiento centralizador, reclutaría de todos los puntos del país, los investigadores más idóneos en todas las ramas del saber para conocer la realidad nacional y enseñar en esas facultades las técnicas de investigación indispensables para seguir examinándola.

Las posibilidades mismas de expansión no quedarían cerradas; de acuerdo con

las necesidades totales de la población estudiantil de México, de acuerdo con las necesidades y posibilidades específicas de cada una de sus regiones, podrían duplicarse o triplicarse —fundándolas en otros puntos convenientes —las distintas facultades ya existentes, y, si en un futuro lejano, por fundación sucesiva de esas facultades distintas en unos mismos sitios (impuesta por necesidades nacionales y posibilidades regionales, y no por el simple deseo de que un Estado obtenga prestigio mediante la posesión de una “universidad”, así esta no sea sino una “universidadcita”) llegarán a reconstruirse las actuales universidades estatales, lo harían en un sentido de dignidad y de pujanza que ahora, en razón de sus limitaciones, no pueden conocer sino mínimamente.

Una Universidad Nacional, sí; o, en caso de que los recursos y las necesidades lo permitieran y lo impusieran desde luego, varias universidades regionales (cuatro, cinco, no veintisiete o treinta), como las que en algún momento ha soñado nuestro primer mandatario, licenciado Adolfo López Mateos, pero varias universidades regionales que, más o menos, responderían al mismo esquema, en cuanto sus grandes facultades estarían distribuidas entre los diversos Estados que formarían parte de la región sociocultural correspondiente, evitando con ello repeticiones innecesarias y costosas.

Si la Asociación Nacional de Universidades de la República Mexicana, fundada en 1948 por el rector D. Luis Garrido —según registra el Lic. González Alpuche— ha de explorar hasta lo más profundo sus más ricas posibilidades, bien podría examinar las que tiene de convertirse en el embrión mismo de esa futura, unificada y magnífica, Universidad Nacional Autónoma de México, para la que la de hoy llegaría a ser, en esa forma, vientre, cerebro y corazón.